

EN CHURUBUSCO

Para honrar á los héroes que murieron
En medio del fragor de la batalla,
Dadme la voz de las azules ondas
Que del indiano mar las costas bañan.

Desde el león espanto de la selva,
Hasta las cumbres en que duerme el águila,
Del cielo al mar y del hogar al nido,
En la alcoba lo mismo que en la rama,
La madre llora por el hijo tierno
Que la implacable muerte le arrebató.

Se enluta el nido cuando el ave muere,
Al arrancar la perla cruje el nácar
Y cruje cuando el hierro abre la veta
El abrupto peñón en la montaña.

Desde el espacio azul al hondo abismo
Que la tiniebla pavorosa guarda,
Todo en amor palpita y todo sufre,
Todo ante el paso de la muerte calla.

Estas praderas que con rayos de oro
El sol de Agosto fecundante baña,
Donde el silvestre cardo erizas hojas
Con blancas flores adornando esmalta;

Estos campos que viste primavera
Con sus ricos tapices de esmeralda,
Fueron en tiempo de invasión injusta
Ensangrentados campos de batalla.

En ellos como altivos gladiadores
Que al ancho estadio con su arrojo pasman,
Lucharon desde el niño hasta el anciano
Con fe de Atenas y valor de Esparta.

¡Diganlo aquellos muros carcomidos
Que ya el desierto monasterio guardan
Y en cuyos tristes largos corredores
Las sombras cruzan de Rincón y Anaya!

Diganlo á todos con idioma augusto
Las negras bocas de arcos y ventanas,

Por las cuales sembrando luto y muerte
Entró la lluvia de extranjeras balas.

Nunca llaméis derrota al heroísmo,
La luz no sirve si los ojos faltan,
Y aquí sólo llegaron los extraños
Cuando faltó la pólvora en las armas.

Tendió la noche sus heladas sombras
Y sobre el ancho campo de batalla,
Fúnebres asomaron las estrellas
Brillando en el espacio como lágrimas.

Sabemos ya los nombres de los héroes,
Sus nobles hechos nuestra historia guarda
Y su grandioso ejemplo imitaremos
Si nuestro suelo el invasor profana.

No llanto femenino sobre sus tumbas
Los ojos melancólicos derraman,
Laurel y encinas cubrirán las losas
Que tantos restos en silencio guardan.

Los que vivís aún desde aquel tiempo,
Alzad las frentes sin rubor ni mancha,
Cual los sabinos del sagrado bosque
Que al cielo elevan sus brillantes ramas.

Llevadnos á jurar sobre las fosas
De los mártires mil de esa jornada,
Llevadnos á jurar con noble aliento,
Que la bandera hermosa y sacrosanta

Que el pueblo esclavo presintió en Dolores
Y el pueblo libre tremoló en Iguala;
Esa bandera con que pudo altivo
Proclamar la República Santa-Ana,

Con la que en Veracruz venció á los galos
Y allá en Tampico derrotó á Barradas;
La bandera preciosa con que Juárez
Salvó la independencia mexicana,

La gloriosa bandera que da sombra
A tantas glorias de la edad pasada;
Llevadnos á jurar que será siempre
Grande, feliz, espléndida, sin mancha,

Lo mismo ante los pueblos de la Europa
Que ante la gran familia americana:

Siendo ese juramento en este instante
La oración á los muertos por la patria.

LOS FUEROS DEL VALOR.

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM

Bajo los candentes rayos
del rojo sol de la costa,
sobre secos arenales
cuyos vapores sofocan;
en donde el viento no cruza
ni la nube bienhechora
sobre el agotado suelo
arrastra indecisa sombra;
huyendo de la epidemia
que en Veracruz diezma y corta
de franceses y españoles
á las aguerridas tropas,
vienen ambas caminando
hácia la falda escabrosa
de Acultzingo, por convenio
de los jefes de una y otras,
á quienes da su permiso
el Gobierno, de que pongan
sus cuarteles en las plazas
que clima benigno gozan.

Mas tal convenio que hoy día
de la *Soledad* se nombra,
no le fué comunicado
á un Jefe que en tales horas
el camino custodiaba
con una fuerza muy corta.

No más de doscientos hombres
aunque resueltos, la forman,
y órdenes tiene severas
de impedir á toda costa
el paso, por aquel punto
de las fuerzas invasoras.

Al ver venir á lo lejos
con marcialidad y pompa,
las legiones franco-iberas,
y que sin recelo toman
del camino de las cumbres
la carretera más próxima,
dispone luego á su gente
que las armas tiene prontas
y se planta en són de guerra
donde más el paso estorba.

Al divisar los que llegan
tan extraña maniobra
á su General en Jefe
dan parte de que se notan
preparativos de ataque,
lo cual á todos asombra.

Era PRIM el que mandaba
el ejército, y de boca
de sus soldados sabiendo
novedad tan sospechosa,
adelanta un emisario
que blanca bandera porta,
para preguntar al Jefe
la razón, pues que la ignora,
que tiene para oponerse
á la marcha de sus tropas.

Rápido va el emisario,
los opuestos lindes toca,
con el Jefe mexicano
muy en breve se apersona,
y le refiere el convenio,
le dice por qué la costa
han dejado, y por qué vienen
á acampar sobre las lomas.

Atento le escucha el otro
y dando respuesta pronta
le dice que tal convenio
no conoce, y pues lo ignora
y órdenes no ha recibido
que á la consigna se opongan,
habrá de luchar con ellos
sin contar, pues no le importa,
ni los que á su lado tiene,
ni los que vienen en contra.

— Somos muchos.

— No los cuento.

— Tenéis muy pocos.

— Me sobran,

Para morir por la patria
no he menester gran escolta.

— Pasaremos

— no lo dudo;

sangrienta será la alfombra.

— ¿No cedéis?

— Aunque viniera

contra mí toda la Europa.

— ¿Eso le digo á mi Jefe?

— Y agregad por cuenta propia

cuanto gustéis, yo sostengo
un reto que me acomoda.

Vuelve el mensajero triste,
habla con PRIM y le abona
el valor del adversario,
valor que á todos asombra.

Después de escuchar atento,
dice PRIM que reflexiona:

— «De acometer á esos hombres
es segura su derrota,
mas el éxito sería
vergüenza más que victoria.

Soldados que así obedecen,
valientes que así se portan,
en tan solemnes momentos
merecen respeto y honra,
y honra y respeto ha de darles
nuestra bandera española.»

Y después de decir esto
manda hacer alto á las tropas
y al general mexicano
pone al momento una nota
refiriendo lo que pasa
y pidiendo que disponga
que el paso no les impida
aquel jefe á quien pregona
caballeroso y valiente,
cuyo atrevimiento elogia.

En comunicar tal orden
transcurren más de tres horas,

y todo ese tiempo quedan
sufriendo el sol de la costa
tendidas á campo raso
las legiones invasoras.

Suena al fin de los clarines
la voz, indicando ronca,
que vuelve á ponerse en marcha
la ya fatigada tropa.

Ordénanse las columnas,
y entre nubes polvorosas,
se deslizan lentamente
sobre las tendidas lomas.

Llegan al punto que guarda
el jefe que pocas horas
antes les detuvo el paso,
el cual con su gente forma
á la izquierda del camino
en actitud silenciosa.

Al cruzar la descubierta
por aquel punto, se asoma
al rostro de los que vienen
la curiosidad más honda
por conocer al osado
que obtiene al fin la victoria,
pues con su valor, tan sólo
tanto tiempo el paso estorba.

Y con respeto le miran,
y con cariño le nombran,
y ya van lejos, y el rostro
á cada segundo tornan.

Sobre un corcel arrogante
que agita su crin sedosa,
y con la espuma del freno
el nervado pecho moja,
llega PRIM, y diligente
con la corte numerosa
de ayudantes que le siguen
y de amigos que le escoltan,
al jefe busca y lo encuentra,
y al mirar que cuando nota
su presencia se adelanta,
pica al caballo, y la pronta
mano tendiendo le dice:

— «Caballero, á mucha honra

tengo en conocer á un bravo
que de su patria es la gloria;
nación que tiene soldados
como el que marcó á mis tropas
el alto, cuando tenía
por segura la derrota,
es nación á quien reserva
grandes páginas la historia.»

Vuelve á oprimirle la mano,
y antes que el otro responda,
entre una nube de polvo
gana camino en las lomas
ensalzando á aquel valiente
con los que á su lado trotan.

Han pasado muchos años;
la Basílica de Atocha,
guardando de PRIM el sueño
bajo sus macizas bóvedas
conserva el recuerdo vivo
de su valor y gloria
alcanzada en Castillejos
por las armas españolas.

También un eterno sueño
en nuestro suelo reposa
el temerario soldado
que á PRIM el paso le corta
sin medir número, fuerza,
ni el gran peligro que afronta:
el coronel FÉLIZ DÍAZ
á quien recuerda la historia
como altivo y como osado,
como valiente y patriota!

RIVERITA.

(8 de Mayo de 1863.)

Á MI MUY QUERIDO AMIGO EDUARDO FRANCO

En la acción de San Lorenzo,
Triste para el suelo patrio,
Cuando Comonfort luchaba
Como un antiguo espartano,
Siendo su lúgubre alfombra
La sangre de sus soldados;
Cuando el humo ennegrecía
La atmósfera de su campo
Como ennegrecer las trombas
Al mar que ruge agitado;
Cuando ya faltaban hombres
Pues los fieles y los bravos
Por la metralla francesa
Murieron acribillados;
Comonfort buscó entre todos
Los pocos que le quedaron,
Al que llevara en la lucha
Como un tesoro sagrado,
La bandera de la patria,
Pues temió que de sus manos
El victorioso enemigo
Se la hubiera arrebatado.
«Que venga Ignacio Rivera»
— Gritó Comonfort temblando —
«General: Rivera ha muerto,
— Respondió al punto un soldado —
«Yo al pasar vi su cadáver
Lleno de sangre en el campo.»
«¿Y la bandera?» — «No he visto
Que tenga nada.

— «¡Está claro!»

«El francés, estoy seguro,
«Se la quitó de las manos,
«Busquémos ese cadáver

«Porque Rivera fué un bravo
 «Y hagámosle los honores
 «Merecidos á su rango.»

Entre montones de muertos
 Al pie de un cerro hacinados,
 Hallóse al jefe que en vida
 «Riverita» le llamaron,
 Cubierto de polvo y sangre,
 El rostro cual cera pálido,
 Con el marcial uniforme
 Bien puesto y abotonado,
 En hombros de sus amigos
 A Comonfort lo llevaron.
 Comonfort miró el cadáver
 Mal reprimiendo su llanto,
 Y al contarle las heridas
 En el pecho y en el cráneo,
 Vió en su cuello un lienzo verde
 En fresca sangre empapado:
 Desabotónanle todos
 El uniforme en el acto,
 Y hallan ceñido á su pecho
 Que las balas destrozaron,
 del cuerpo de Zapadores
 El pabellón sacrosanto.
 Ya contener no pudieron
 Sus lágrimas los soldados;
 Comonfort enternecido
 Por el hecho de aquel bravo
 Ordenó que se le hicieran
 Honores al sepultarlo,
 Y que su ataúd cubriesen
 No con flores ni con lauros,
 Sino con el lienzo hermoso
 Que lo amortajó en el campo:
 Con la bandera bendita
 Que le sirvió de sudario!

1893.

SANTOS DEGOLLADO.

(15 DE JUNIO DE 1861)

I.

De nuestra adorada patria
 En los tiempos más aciagos,
 ninguno fué más constante
 de la batalla en los campos,
 como el adalid humilde,
 el demócrata preclaro
 que con asombroso ingenio,
 sufriendo mil descabros,
 al poder de su palabra,
 al influjo de su mando,
 organizaba las tropas,
 alzaba doquier soldados
 para defender sin tregua
 al pendón republicano.

Ese patricio sin mancha
 era Santos Degollado,
 cuyo limpio nombre brilla
 en la Historia como un astro.

II.

El año sesenta y uno,
 año negro en nuestros fastos,
 al saberse en el Congreso
 la horrible muerte de Ocampo,
 presentóse á la Asamblea
 el General Degollado
 y así dijo con palabras
 que tronaban como rayos:
 «En nombre de la justicia,
 aquí vengo, ciudadanos,
 y protesto ante los manes
 del héroe y mártir Ocampo,
 que no anhele la venganza
 ni la fortuna ni el mando.

Contra viles asesinos
luchar quiero en noble campo,
para dar un escarmiento
á enemigos tan villanos.

Pido por esto al Congreso
que me tiene procesado,
me deje verter mi sangre
en la batalla luchando,
para venir de mi causa
tranquilo á esperar el fallo.»

Esas frases produjeron
indescriptible entusiasmo
y concedido el permiso
marchó al combate Don Santos

III.

Llegóse el quince de Junio
y ya al frente de sus fuerzas,
al rayar de la mañana
salió don Santos de Lerma.

Marchó á proteger el paso
de un convoy; rápido llega
de Salazar á los Llanos,
y luego ocupar intenta,
para dar cima á sus planes,
la montañas de la izquierda.

Mueve con afán sus tropas,
y cuando nadie lo espera,
en brusco y violento ataque
los derrota por sorpresa
Butrón, guerrillero infame
que escondido las asecha.

En medio de aquel desorden
Degollado las alienta,
cuando un proyectil aleve
el corazón le atraviesa.

Galvez recoge el cadáver
y á Huixquilucan lo lleva,
y allí en el campo enemigo,
le hacen solemnes exéquias.

IV

Cunde la triste noticia
tan infausta como cierta,

y con sagrados crespones
se enluta nuestra bandera
como diciéndole á todos
los que á su sombra se acercan:
«Lloro á Santos Degollado,
el patriota de alma inmensa,
el adalid de mi causa,
el orgullo de mi tierra;
grande por sus heroismos,
por su fe, por su modestia,
por su honradez no manchada,
por su lealtad siempre entera
y por la muerte que obtuvo
defendiendo sus ideas!»

LEANDRO VALLE.

(23 DE JUNIO DE 1861)

I.

Blanco el cutis como armiño,
algo tostado en el rostro,
frente limpia y espaciosa,
vivos y azules los ojos.

De regular estatura,
de andar resuelto y airoso,
enérgico en sus palabras
y en sus confianzas sóbrio.

Educado desde niño
entre militares doctos,
siendo su primer combate
del Norte contra el coloso.

Habiendo visto en Europa
los sitios más apropósito
para estudiar la estrategia,
para conocer á fondo
cuanto el soldado requiere
para ser grande y heróico,
era el joven Leandro Valle
decidido y animoso;
un león en los combates,
un amigo firme y probo
á quien amaban sus tropas
y á quien respetaban todos.

II.

Valle y Miramón opuestos
 en opinión y esperanzas,
 compañeros desde niños
 como hermanos se trataban
 y cuentan los que saben
 que en el campo de batalla,
 cuando á la sangrienta lucha
 sus tropas se preparaban,
 uno y otro se reunían
 y en dulce y alegre plática
 lamentando su destino,
 su ruda suerte contraria,
 que á ponerse frente á frente
 doquiera los obligaba,
 dábanse el cordial abrazo
 que los uniera en la infancia
 y lanzábanse al combate
 con el valor y la audacia
 de dos que no se conocen
 y que de vencerse tratan.

III.

Para el gobierno de Juárez,
 para la causa gloriosa
 que derribó antiguos fueros
 al soplo de la Reforma;
 llegó como espectro horrible,
 como una marina tromba,
 el año sesenta y uno
 de luto para la historia.

En tal año Miguel Lerdo
 tan grande como sus obras
 entrega yerta á la muerte
 su cabeza pensadora.

Muere asesinado Ocampo,
 arrancado de Pomoca,
 y que á sus viles verdugos
 con su majestad asombra.

Muere Santos Degollado
 en emboscada traidora,
 y cuando todo vacila
 y ya la causa zozobra,
 sale lleno de ardimiento

y de esperanzas hermosas,
 Leandro Valle, el héroe joven
 que va á exterminar las hordas
 que manda Butrón (1) y Márquez
 para mengua de la Historia.

IV.

Quien ha cruzado el camino
 de Toluca para México
 habrá visto de seguro
 el monte obscuro y espeso
 que en el campo de la historia
 surge como un monumento.

Es el *Monte de las Cruces*
 que en su enmarañado seno
 guarda el peñon sacrosanto,
 desde el cual bendijo al pueblo
 el inmortal Cura Hidalgo
 en inolvidables tiempos.

Allí la Naturaleza
 despliega su manto régio,
 vistiendo peñas y llanos
 barrancos y ventisqueros,
 con sabinos y oyamelos
 con encinas y con ceibos.

No logra el sol meridiano
 besar el húmedo suelo,
 pues de sus rayos lo escuda
 el alto ramaje espeso.

Ni logra hallar senda fácil
 el extraviado viajero
 porque una urdiembre de troncos
 desorienta al más experto.

No logra el rumor humano
 perturbar aquel silencio,
 que interrumpen solamente
 del sol al albor primero,
 de los pájaros salvajes
 los no aprendidos acentos.
 Cuando allí tiende la noche
 su flotante manto negro

(1) Butrón, después de que defecionó á su partido, fué fusilado por la Corte Marcial francesa el 8 de Julio de 1863.

cada roca es un sepulcro,
 cada roble es un espectro,
 y en medio de tanta sombra,
 entre las quejas del viento,
 parece que sólo imperan
 la eternidad y el misterio.

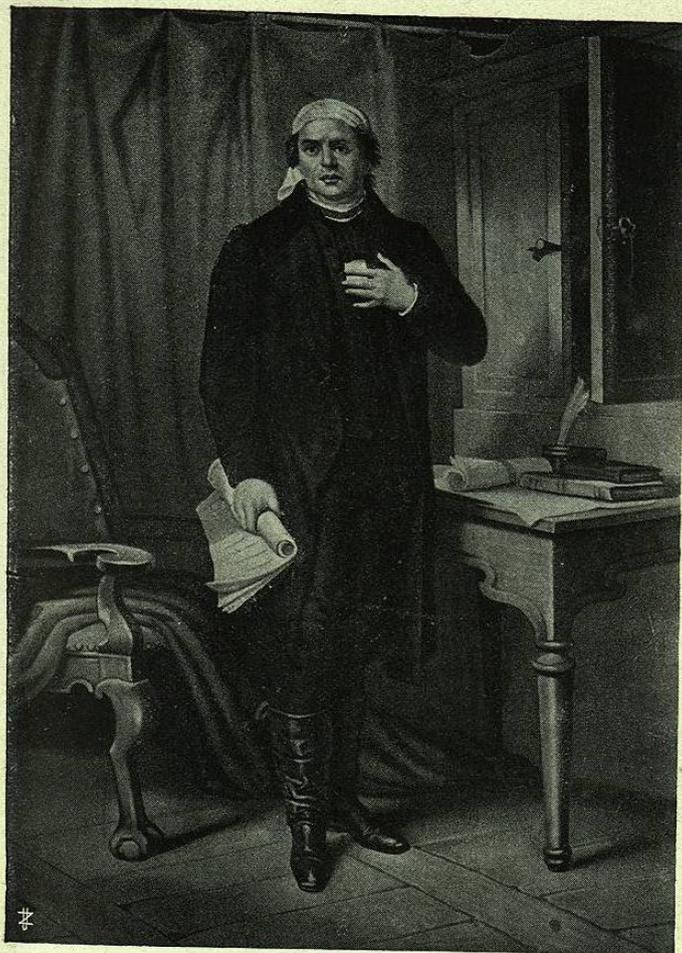
Por eso ha sido guarida,
 ya de ardientes guerrilleros
 que encuentran en esas rocas
 formidables parapetos;
 ya de atroces foragidos
 que en sus cóncavos siniestros
 esconden nuevas hazañas,
 ocultan crímenes negros.

V.

Fué Leandro Valle á *las Cruces*
 seguido de escasa tropa,
 pensando en dar á la Patria,
 nuevas páginas de gloria.

Butrón y Márquez lo acechan;
 Butrón el paso le corta:
 Leandro Valle le resiste
 con tenacidad heróica
 y cuando sueña en vencerlos
 y más ánimo recobra,
 llegan las fuerzas de Márquez
 que á las de Butrón engrosan
 y vencer al joven héroe
 tras rudos empujes logran.
 Queda Valle prisionero;
 y en tal sitio y tales horas
 ni tienen con él clemencia
 ni juicio alguno le forman.

A su aprehensión se sucede
 la sentencia sin demora:
 lo fusilan por la espalda
 y befando su persona
 cuelgan de un roble el cadáver
 y colgado lo destrozan.
 ¡No son hombres, son chacales
 los que consuman tal obra!
 ¡Hienas á las que persigue
 la maldición de la Historia!



JOSÉ M.^a MORELOS

Héroe de la Independencia.

VI.

Sobre la cima del monte
 á la izquierda del sendero
 que conduce hasta Toluca
 cuando se sale de México;
 vestido de verdes hojas
 se alza un roble corpulento
 que tiene en su añoso tronco
 una cruz grabada en hueco
 y á su pié se vé esculpido
 este imponente letrero:

«Aquí murió Leandro Valle;
 «aquí colgaron su cuerpo;
 «pedid para sus verdugos
 «las maldiciones del Cielo.»

1893.

AQUILES COLLIN

(23 DE JUNIO DE 1861)

I.

Nacido en un pintoresco
 pueblo de la culta Francia;
 desde niño acostumbrado
 á vivir en las montañas,
 de rostro afable y tranquilo,
 de penetrante mirada,
 dotado de hercúleas fuerzas
 y ancho de pecho y espaldas;
 no en vano al nacer le dieron
 sus padres que lo adoraban,
 el nombre que eligió Homero
 para dar vida á su Iliada.
 AQUILES COLLIN no tuvo
 más títulos ni prosápia
 que los de amar ciegamente
 las libertades humanas.

Combatió siendo muy joven
 en las terribles jornadas
 de Mayo que sacudieron
 el viejo trono de Francia.